

Escribir sin papel

Relatos



ESCENAS COTIDIANAS

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



ESCENAS COTIDIANAS

En la casa, la habitación mejor iluminada no era el salón bonito, era el comedor. Era pequeño, eso sí, con muy pocos muebles. Pero de su ventana llegaba los días de sol toda la luz del mundo. Luego, a la tarde, la luz de la bombilla hacía olvidar si el día había sido o no soleado. Entonces las dimensiones de la pieza se achataban y perdían su ser y parecía que todas las cosas estaban dibujadas sobre un mismo plano. La tele era demasiado grande para aquellas distancias, y en cambio el transistor apoyado sobre la cómoda era chiquitín. De él salía un parloteo agudo e interminable. La lámpara del techo estaba provista de un sistema de pesas y poleas que permitía situarla a cualquier altura, alta para ver en todo el cuarto, más cerca de la mesa si se quería hacer algo sobre ella, sobre todo cuando la madre planchaba. Dos sillas de madera, con su asiento de paja trenzada y su respaldo alto de duros travesaños sin labrar, y otra mayor, con brazos, con un asiento más ancho sobre el que había puesto un cojín cortado a la medida, con la lana ya muy apelmazada. En el suelo, juto a las patas de esa silla, había un costurero y algunas bolsas que enseñaban agujas de punto y la labor dejada a medias. En el centro estaba la mesa redonda, vestida con su falda y cubierta con hule estampado; dentro de la falda tenían un brasero eléctrico, la única calefacción de toda la casa.

Por las tardes, después de volver de la escuela y merendar, después de estar un rato con los amigos en la calle, el niño se sienta en el comedor a hacer los deberes. Su madre lo mira de reojo y ve atenta cómo trajina con libretas, lápices, mapas mudos y diccionarios. El muchacho se aplica a su labor a veces con gran concentración y otras dejándose llevar de recuerdos o imágenes. Esas veces se queda en suspenso, con el lápiz entre los dedos y los ojos mirando sin moverse no se sabe adónde. Al cabo de uno o dos minutos, la madre se da cuenta. Y sin dejar su tarea, sin levantar siquiera la cabeza, dice su nombre alargando mucho las vocales. El chico abandona su despiste y vuelve a la tarea,

sin cambiar de expresión, retomándolo todo justo por donde lo había dejado, respirando una vez con mucha fuerza, como si en todo el tiempo que ha estado absorto no hubiera necesitado el aire y ahora, al regresar a la realidad, tuviera que recuperar todo ese oxígeno.

La madre hace punto. A esa hora, según dice, ya lo tiene todo hecho. Poco le lleva acabarlo, esa es la verdad, porque llevar esa casa tan reducida y con sólo dos pobladores no resulta dificultoso. A esa hora, pues, hace punto o repasa una costura suelta o pega una rodillera. No habla para no entretener a su hijo. Muchas veces enciende el transistor y escucha programas de discos dedicados o de historias noveladas, como la dramatización de la vida de Santa Teresa o de la niña Conchita Barrecheguren. Le gusta oír la radio porque la distrae y hace que no piense en cosas tristes. Cuando apaga el transistor, se hace de golpe un silencio por el que trota en soledad el tictac de reloj de la pared. Entonces, en esos silencios, da la impresión de que la madre y el hijo están charlando sin voz, porque ambos se quedan mirando una nada que tienen delante. Y los dos disfrutan largamente ese momento que les renueva la tranquilidad y la seguridad: allí, en esa casa, en ese instante, ningún peligro acecha, nada malo puede llegar.

A media tarde, muchos días el niño siente hambre.

–Hazme algo, ¿no queda ya mortadela?

–Sí, hombre, sí... ¡Qué chico, lo que come!

Y se levanta a ponerle una rebanada de pan y aceite con azúcar o de pan con una onza de chocolate clavada en la miga. Vuelve a su silla y a su labor, pero de reojo ve cómo come y siente un gran orgullo de tener ese niño tan bueno. El niño limpia las migas de los papeles y sigue su tarea.

De la tarea salen alguna preguntas a veces.

–El pico más alto de la Península Ibérica es el pico Mulhacén, cima de la Sierra Nevada, con una altura total de 3.480 metros en su cumbre. ¿Tú has estado alguna vez en una montaña?

–¿Yo? Yo he salido sólo una vez, cuando fui con tu padre a Barcelona y a Valencia. Así que montañas, las que vimos desde la ventanilla del tren.

Otras veces le lee el enunciado de un problema de matemáticas que protagonizan unos comerciantes de tejidos que reparten las ganancias que obtendrán de la venta de sus paños. Y así el chico presume ante su madre de los problemas tan difíciles que es capaz de resolver. Y la madre los escucha como si oyera una cábala impenetrable y ciertamente lamenta no poder ayudarle con eso. Y después de un momento de silencio, se baja las gafas de coser y dice como un

lamento:

-Tu padre si que sabía de todo eso.

Los inviernos son muy fríos en esa casa. Cuando la madre y el hijo están sentados a la falda de la mesa del salón, no se aventuran por otros rincones de la casa a menos que sea por algo necesario. Se arrebuja en la camilla y ven pasar el tiempo.

La madre se quita las gafas y levanta con las manos a la altura de los ojos unos pantalones azul marino.

-Ya los tienes listos: ya he cosido el roto que tenían.

El niño los mira sin palabras y sin expresión. Vuelve a su cuaderno. Inesperadamente, se lamenta:

-¡Si es que esos pantalones no me gustan! Como no tienen bolsillos...

-¿Y qué que no tengan bolsillos? - La madre espera, examina y deduce, -¿Es que te dicen algo?

-Es que me dicen que son de niña, que son unas polainas de niña.

A la madre se le agolpa en el pecho toda la pena, porque no soporta que su hijo sufra ni lo más mínimo. Deja los pantalones sobre la mesa y besa la cabeza del muchacho.

-Tú no te preocupes: les voy a poner unos bolsillos y ya no te van a decir nada. Se los pongo por fuera, como se lleva ahora.

El niño sigue en su tarea. Sabe que al final los pantalones dejarán ver que han sido recompuestos y tampoco le van a gustar ni le va a gustar llevarlos.

El chico acaba su tarea y con movimientos muy visibles cierra libros y cuadernos y guarda lápices y gomas. Se levanta y enciende la televisión y se queda mirándola.

Al cabo de un rato, pide a su madre que haga la cena. Ella termina en unos minutos la tarea que tiene. Se levanta y vuelve más tarde con una bandeja. Sobre el hule se toman la cena: él una tortilla con pan y un vaso de leche; ella un tazón de malta con un chorro de leche.

Al día siguiente habrá que salir otra vez a encontrarse con lo que hay fuera de la casa, fuera del comedor.